

LAS ACADEMIAS NACIONALES RINDEN HOMENAJE A DON ALFONSO REYES CON MOTIVO DEL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

ALFONSO REYES Y LOS VENEZOLANOS*

Por LUIS BELTRÁN GUERRERO

I

Habéis dado en el blanco de mi gusto, colegas todos de las Academias Nacionales, no así en el de mi competencia. De todos modos, gracias por el honor de la designación, con el ofrecimiento de salvar las fallas cardíacas con los excesos cordiales. El corazón físico, que occidente erigió como símbolo del mejor y más hondo sentimiento, contra el hígado de los hindúes

Estudiante en Buenos Aires por 1949, robé a mis escasos estipendios el monto de un cablegrama a Don Alfonso, en verso, con motivo de sus sesenta años. El Maestro, con generoso señorío, igualmente me respondió por cable y en rima. Mariano Picón Salas, entonces en Ciudad de México, me informó que mis pareados habían sido leídos en velada de homenaje a Don Alfonso, rodeado por representantes de todos los países hispanoamericanos que le tributaron plena admiración. Jorge Luis Borges proclamaba entonces que los máximos artistas de la lengua eran Azorín, en España; y Reyes, en Hispanoamérica. Había fundado Reyes la primera cátedra de Literatura Española en su patria, y en el regreso final, Ulises redivivo, el Colegio de México, institución semejante al Colegio de Francia (que en nuestra Venezuela propuso Gil Fortoul imitar), en donde se le asignó la Cátedra de Historia de la Cultura. Desde el Colegio y con su natural influencia en todas partes, Reyes fue la deidad protectora de los españoles republicanos emigrados. Día hubo en que el poeta León Felipe se acercó a Don Alfonso y dijo: —Me voy a México. —¿Y por qué? —Porque ya Dios nos ha localizado. Bien conoces a todos los españoles muertos últimamente, ahora le tocó a Don Blas. No quiero seguirle (Don Blas Cabrera, gran físico de fama universal, muerto trágicamente en 1945).

* Discurso pronunciado en el Paraninfo del Palacio de las Academias, con motivo del centenario del nacimiento de Don Alfonso Reyes.

Los frutos del ingenio peninsular vivificaron en México industrias e instituciones científicas y culturales; y si Neruda como Cónsul propició la entrada a Chile de muchos obreros de altos hornos, Reyes, como quien más, a aquellos transterrados que en toda la América Hispana han sido tan útiles por su conocimiento y ética, y por su fácil identificación, más que adaptación, a nuestro ambiente.

Por primera vez me asomé al Valle de Anáhuac y a Tenochtitlán, gracias a Don Alfonso, quien me cedió la pupila de los conquistadores, quienes, traspuestos los volcanes, se deslumbraron con aquel ámbito de sonoridad y fulgores. El pintor José María Velasco y el prosista Reyes hermanan su visión del paisaje diáfano, etéreo, suma transparencia, aire vibrátil; como también se pasmará de admiración Bernal Díaz del Castillo, el soldado octogenario que, con faltas de ortografía y sintaxis pero con prodigioso grafismo de expresión, escribió la *Verdadera y Notable Relación del Descubrimiento de Nueva España y Guatemala*, quien ante la urbe azteca exclama: ¡No es inferior a Sevilla!

La *Ifigenia* de nuestra Teresa de la Parra, cuyo centenario también en este año conmemoramos, simboliza la tragedia de una señorita caraqueña, con estudios europeos, quien, de regreso a Caracas, oprimida por el cerco de una sociedad conventual, ciertamente aspira su deleitoso aroma tradicional, pero, con amable ironía, al par se burla de cuantos hábitos y costumbres le impiden plantar la bandera de la liberación femenina.

La *Ifigenia Cruel* de Alfonso Reyes, hereda de la hija de Agamenón la nostalgia por la existencia anterior al sacrificio, del cual la salvó Artemisa: Por entre libres versos de universal simbología, la *Ifigenia* de Reyes, amnésica de su vida anterior, ansía tener un pretérito simplemente humano, pero, al conocer por el fraterno Orestes que es la tantálica raza, prefiere haberse quedado en Táuride, porque el pleito doméstico es ajeno a sus sentimientos. También Reyes, cuando la Revolución, se fue a España a aprender Filología con Menéndez Pidal y vivir de colaboraciones en la página de historia y geografía de *El Sol* de Madrid, antes de que su clámide se empolvara en el terrible sismo, anterior al ruso. Historia es para Reyes lo que pasa en el tiempo; geografía, lo que en el espacio. Muchas animadversiones suscitó en cierta época don Alfonso, tanto por hijo de quien fue, como por no ser nacionalista a rajatabla. Se preguntó nuestro autor si se podría lograr obra de máxima plenitud estética, sin una percepción teórica de la belleza, para concluir que ni la sonrisa ni el milagro griego son la verdadera causa del asombro, sino el enigma. Explora en la *Crítica de la Edad Ateniense* desde la conquista de Salamina hasta el siglo IV antes de Cristo, para sorprender el nacimiento de la Crítica en los presocráticos, en Sócrates, Aristófanes, Platón, Isócrates, Aristóteles, Teofrasto, y de todo ello deduce originales conclusiones.

Tales aventuras de indagación helénica en busca de un orden, cercano de una didáctica disciplina, le llevan a producir su mayor triunfo en esta orientación: *El destinde*. A. Millares Carlo, el erudito español aquerenciado en Maracaibo, cuyas lecciones alfonsinas son magistrales, expone que el polígrafo mexicano señaló un tema acuciante; pues la literatura no es sólo un pensar y un captar, sino

también un hacer; una ejecución en palabras, queda por realizar un nuevo deslinde con cada una de las bellas artes. Millares Carlo conceptúa además que el capítulo consagrado al valor literario de la lengua es fundamental.

A las censuras que en determinada época le dirigieron sus compatriotas, Reyes solía responder que llevaba la *x* (de México) en la frente. Como es bien conocido, la grafía Méjico, con *j*, ha sido la corriente en España, y la segunda (con *x*) es la usada en la gran nación y en toda América, aunque ambos casos, tanto la *j* como la *x*, tienen el mismo sonido, el velar fricativo sordo de la *j* actual. Lo que no se debe es incurrir en el barbarismo de pronunciar la *x* con su sonido actual doble de *H*, o de *g* sonora, y *s*, y no el de *j* que le corresponde, con lo cual se pronuncie mal la palabra tanto a la española como a la mexicana.

Gran lección para nosotros la de Don Alfonso, al decir que llevaba la *x* en la frente. Si Venezuela comienza por una de las últimas letras del alfabeto, debemos siempre enorgullecernos de llevar la *v* en la frente al través de bonanzas y adversidades, duelos y quebrantos, bullicios y sofocos, tranquilidad y turbulencia, penurias ciertas y riquezas adventicias.

¡La *x* en la frente, orgullo mexicano, la *v* en la frente, orgullo venezolano!

II

Había un millonario carioca que nunca daba término a la construcción de su casa palaciega: destruía allí, reponía acá, refaccionaba allá, decoraba acullá; y todo porque, supersticioso como era, creía en la sentencia de una pitonisa que le condenaba a morir tan pronto hubiese concluido su mansión. Por entonces era Embajador de México en el Brasil don Alfonso Reyes, quien supo aplicar la lección: siempre tenía un libro inacabado, porque confiaba en que San Pedro lo devolvería desde las puertas celestiales con el encargo de que lo terminase, conmovido el gran portero con la empresa inconclusa. Sus ataques del corazón habían llevado varias veces a don Alfonso a ver al Conserje del firmamento, a quien convenía siempre con las mismas razones del libro no concluido; pero en las navidades de 1959, San Pedro permaneció sordo a los donosos requerimientos, o don Alfonso olvidó tener un libro a medio hacer en ocasión del último sismo cardíaco.

Alfonso Reyes es nombre que aparece en un documento de 13 de febrero de 1289 (Biblioteca Nacional de Madrid, Archivo Histórico de Guadalupe, p. 1). Tan de Monterrey era —provinciano universal— que no sabía cómo no firmaba Alfonso Reyes de Monterrey. Su famoso correo literario de casi toda la vida, se llamó “Monterrey”. En Monterrey había sido gobernador porfirista su padre, civilizador eminente y candidato frustrado a la presidencia. Allí había nacido Alfonso, frente a la Plaza Bolívar, el día de San Pascual Bailón, 17 de mayo de 1889, y como el alegre santo fue cocinero antes que fraile, don Alfonso sabía de platos, salsas y condimentos tanto o más que de letras, con saber de éstas más que ninguno en América.

Arden todavía los cirios en la Capilla Alfonsina, que así llamó Diez Canedo a su Casa-biblioteca, más biblioteca que casa. Allí doña Manuela —la compañera ejemplar de alto y gallardo porte— levantaba los brazos para buscar el volumen que para consulta necesitaba don Alfonso, pequeño, regordete, y siempre en humoresco esguince ante las circunstancias, así fuese adversidad o muerte. La docta gracia de sus escrituras, que transforma la erudición en amenidad, era viva pirueta de su espíritu humano, no simplemente humanista. Ese equilibrio de aventura y sensatez, de cortesía y carácter, de cultura y duende, ¿quién lo llevó en América con mayor señorío?

Prosificó el *Poema del Cid*, tradujo a griegos y latinos; a los humoristas ingleses, a los simbolistas franceses; escribió sobre filosofía, filología, retórica, historia y cuanta cosa divina o humana requiriese nueva visión y discernimiento; hizo odas, sonetos, sonetillos, versos de cabo roto, jitanjáforas, acrósticos. ¿Cuál tema no tocó, y al tocarlo, renovó, con finura de griego de Teotihuacán, en el que se habían fundido milenarias culturas de allende y aquende los mares?

Supo “ceñir el desborde con el dique”. Lección apolínea permanente para el tormentoso temperamento americano. Su vocación de escritor fue firme, continuada, señera, sin que revoluciones, cesantías, malquerencias, le desanimaran ni menos le amargaran el ánimo. No dar “asilo al despecho”, fue norma suya. Llevó siempre la X en la frente aunque desaforados nacionalistas le motejaran de universalista, como si ser universal mereciera censura en quien no olvida sino que magnifica su raíz.

No sólo le admiramos y le veneramos intelectualmente, sino que también le quisimos, con ese querer que tan prontamente ganaba su bondad y su hidalguía. En París, en Madrid, en Buenos Aires y La Plata, en Río de Janeiro y Santiago de Chile, no sólo se conmemora el centenario del natalicio del maestro americano, sino que se llora la partida de un varón platónico por lo cordial y generoso. Antonio Machado, Pedro Henríquez Ureña, Enrique González Martínez, José Vasconcelos, Rómulo Gallegos, le acompañan ahora por las praderas imponderables, continuando un diálogo apenas interrumpido.

Como un diamante, en Reyes brillan todas las facetas, y sería absurdo opacar unas por exaltar otras. Ambición desmedida tratar del poeta en esta rápida revisión. En su lírica se reflejan las características del mexicano: contención, reserva, cortesía. Predomina el tono crepuscular, el antitropicalismo emocional y verbal, la ausencia de disonancias. No es menos grande en la prosa que en la obra poética. Sólo que, a quienes dominan en la prosa y la poesía, la gente da por separarlas... Unamuno no es el poeta insigne de *El Cristo de Velázquez*, sino un ensayista que escribe versos. Perversidad de la aldea literaria. Marañón fue tan gran médico como escritor, aunque los médicos decían que sólo era gran escritor y los escritores que sólo gran médico. En su *Obra Poética* todo es plenitud en metros, cadencia, puntuación, símbolos, sugerencias: *Asustadiza gracia del poema / flor temerosa rescatada en yema.*

III

Pero ¿cuándo ¡oh fragoso orador! abordará el tema fijado al discurso? parecen decirme todos los labios de los aquí presentes.

Polígrafo tan universal requeriría de una apropiada introducción, así fuese en fugaz pieza oratoria.

Don Alfonso fue muy leído en Venezuela, pues nuestra alta moneda de otro tiempo permitió a los periódicos pagar bien las colaboraciones de ilustres escritores foráneos. Los libros eran entonces baratos, para delicia, ahora nostalgia, de pobres lectores pobres.

Prologuista de las *Memorias* del P. Fray Servando Teresa de Mier, nacido en Monterrey como don Alfonso, éste confirma el dicho del memorialista de que fue él mismo quien tradujo la *Atala* de Chateaubriand en 1801, en contra de la tesis de que dicha primera versión castellana pertenece a don Simón Rodríguez. Ante las dudas de Blanco Fombona, Reyes reafirma ese criterio en el vol. II de las *Simpatías y Diferencias*, pero ya en 1950, le escribe a Pedro Grases que ese punto le hizo vacilar mucho.

En el tomo IV de las mismas *Simpatías*, donosamente glosa don Alfonso los ruidos en la cabeza que Pedro Emilio Coll sentía, ruidos que horrorizaban a Juan Ramón Jiménez, paciente de los ruidos exteriores pero no de los internos. Gómez de la Serna comentó con su señorial humorismo esos mismos ruidos.

“Obra de verdadero mérito en su línea”, calificó don Alfonso, quedándose corto en la justicia, a la *Bibliografía Venezolanista* de don Manuel Segundo Sánchez, y también le mereció cumplida reseña el libro de don Simón Planas-Suárez, *Portugal y la Independencia Americana*, en que este compatriota señala y comprueba el hecho de que Portugal fue el primer país europeo que reconoció la independencia de Colombia; aún más, el ministro portugués Ferreira, concibió, en 1822, un “proyecto de un Tratado de Confederación y Mutua Garantía de la Independencia de los Estados que en él se mencionan”. Un ensayo de Parra Pérez, en francés, sobre *Bolívar y sus amigos del extranjero*. le merece igualmente a don Alfonso una reseña, y más larga nota escribe sobre *Bolívar y los Estados Unidos* a propósito de un trabajo del norteamericano William R. Shepherd. En *Entre Libros*, colección de notas bibliográficas de 1912 a 1923, pueden leerse estas referencias.

Shepherd creyó descubrir un ánimo no rigurosamente científico de subrayar y exagerar los ratos de indignación o despecho que pudo tener Bolívar con respecto a Estados Unidos; y se propuso demostrar que, en general, no puede decirse que Bolívar fuera un enemigo de su país. Al contrario, Bolívar se propuso como modelo ideal de organización política en América a los Estados Unidos, y en lo personal, declaró más de una vez la noble emulación con que consideraba la figura de Washington. Reyes recuerda los paralelos de Bolívar y Washington, en que tantos se han empeñado, disminuyendo a un héroe por agrandar a otro, “cual si hubiera una ley de necesidad entre ambos, como en aquel

cómico personaje de Daudet que, por escasez de piel, no podía abrir la boca sin cerrar los ojos, ni abrir éstos sin cerrar aquélla". Reyes no toma partido en semejantes querellas y recoge sólo su saldo positivo: "Bolívar es héroe amable a las dos Américas; y cuando una y otra se enfrentan ante la memoria de Bolívar, sólo es para disputarse su amor. Que en cuanto al ideal bolivariano en sí mismo, nadie podría confundirlo con el panamericanismo de tipo oficial".

De entre los escritores raros que han existido en España (Torres de Villarroel y Francisco Santos en el pasado; Silverio Lanza o Roso de Luna en la época moderna), Reyes se acercó desde joven (*El Suicida*) a quien llama "el último conceptista; pero más sensibilizado, mucho más soñador y misterioso, menos dialéctico", que no era otro que el venezolano Antonio Ros de Olano, a quien vuelve después (*Las Vísperas de España*) para sorprenderlo como cazador jubilado, porque, de viejo, lo jubilaron sus piernas, y citarlo como ejemplo de tertuliano solitario. El viejo Ros, en efecto, se sentaba en un banco de los jardines de Recoletos, a ver pasar las gentes, "y llevado por el hábito de apuntar con la escopeta a todo animal silvestre, cierro el ojo izquierdo, atisbo con el derecho, y veo como me pasan por la mira piezas de caza urbana... la codorniz junto a la chocha, la perdiz con el sacre, el pollo de alcaraván con las torcaces, y hasta la garduña al rastro de la liebre y el conejo", como con tan chispeante estilo nos contó el marqués de Guad-el-Jelú en sus *Episodios Militares*

A Blanco Fombona, a Díaz Rodríguez, a otros venezolanos, los topamos muchas veces en la inmensa obra de Reyes. Por desgracia, mi computadora no fijó con exactitud, por ser abundantes, las citas respectivas.

¿Recordáis a aquel mozo, alta y garrida figura, fino bigote, gesto y palabra amables? Salvatierra, *Mas*, el caricaturista, dibujante y pintor que había aprendido cuanto debía en París, Roma, Madrid, Nueva York, famoso precozmente, la dió por vivir en Paracotos. Un día, en la Avenida Mohedano de El Rosal, apareció su cadáver cubierto de harapos, desfigurado por la suciedad y las hirsutas barbas. En la segunda serie de las *Marginalia* de Reyes, se inserta la página *Los Cartones de Salvatierra*. "Salvatierra me habla de danzas negras y fábulas venezolanas, y yo veo de pronto diosas cretenses de la llama y de la serpiente, y la rauda imagen de Ñ. S. de los Leones; o veo también coros epilépticos, héroes voladores, mantas religiosas dobladas e esfinges, insectos que son monumentos y viceversa". Sigue largo el elogio al bohemio pintor criollo, para quien Venezuela fue madrastra, no madre. En "El Universal", 10-5, 1966, en mi columna *A campo traviesa* firmada con el seudónimo de *Cándido*, reproduce el encomio.

Alfonso Reyes vio en Andrés Eloy Blanco un Bolívar de perfil, y no desdecía el símil en lo físico ni en lo moral. Si Andrés Eloy no hubiera vivido en México un fecundo destierro, acaso no contáramos con sus dos famosos poemas: la elegía. *A un año de tu luz* supera sus propias elegías, entre ellas la dedicada a Díaz Rodríguez, y compite con las de Maitín y Pérez Bonalde; y el *Canto a los hijos*, que supera sus otros *Cantos: a la Espiga y al Arado, a España, al Orinoco*. Y concluye Reyes al retratar a nuestro gran poeta: "Era un claro varón Parecía en la dulzura

y en la limpieza, una acusación viviente contra todas las violencias y las injusticias del mundo. Era nítido y bravo, de fino acero y fino temple, Andrés Eloy”.

El destierro de Rómulo Gallegos en México, en donde le abre las puertas de la Casa el General Lázaro Cárdenas, general de generales, produjo *Tierra Bajo los Pies*, y provocó la edición de *La Doncella (drama)*, pretexto para el Premio Nacional de Literatura. Recordemos que, cuando el nombre de Rómulo Gallegos sonaba como candidato al Premio Nóbel, y también el de Don Alfonso, éste escribió una magna carta, que publicó “Excelsior” de Ciudad de México, en la cual declaraba que su voto, el de Alfonso Reyes, era por el venezolano Rómulo Gallegos.

No olvidemos que si Don Alfonso llevaba con orgullo la *x* en la frente; nosotros debemos llevar con orgullo semejante, la *v* de Venezuela en la frente.

Leído en el Paraninfo del
Palacio de las Academias,
la noche del 17 de mayo de 1989.